

EL GRAN TEATRO DEL LICEO: 125 AÑOS DE HISTORIA

Durante casi un siglo, este coliseo fue, además de la primera sala de ópera de España, el punto de referencia, de confluencia y de expansión de la vida artística, social y política de Barcelona

MAÑANA el Gran Teatro del Liceo abre de nuevo sus puertas para la inauguración de la temporada conmemorativa de su 125 aniversario. No serán las mismas puertas ni la misma sala que un día solemne de la temporada 1847-48 cruzaban y admiraban los barceloneses orgullosos de haber construido el más grande y bello teatro de España, porque unos años después, en 1861, el edificio sería consumido por el más pavoroso incendio que nunca se produjo en la ciudad. Los grabados de la época nos muestran el espectro de aquellas ruinas irreconocibles de las que emergió al cabo de solo un año y pocos días el nuevo Liceo rutilante que tenemos ahora. De la destrucción se salvaron, a pesar de todo, las estructuras del salón de descanso, las escaleras del vestíbulo, parte de los corredores y las dependencias del Círculo del Liceo. El teatro renació, pues, en su forma primitiva aunque mucho mejor y más ricamente decorado de como lo era antes del desastre.

EL EPICENTRO DE LA VIDA ARTÍSTICA Y SOCIAL DE BARCELONA

Durante poco menos de un siglo, el Teatro del Liceo fue, además de la primera sala de ópera, el punto de referencia, de confluencia y de expansión de la vida artística, social y política de Barcelona; el termómetro de sus etapas de esplendor, de desarrollo, de decadencia y de sus inquietudes, todo parecía reflejarse en la yesería dorada y en los terciopelos rojos del gran hemiciclo. Después, a partir de la tercera década de la presente centuria, el Liceo fue perdiendo su directa relación con los altibajos de la vida social de nuestros ciudadanos para asumir una hegemonía más determinadamente artística y musical. Si la ópera —el género consubstancial con la existencia del Liceo— es o ha sido la exteriorización y el testimonio de los gustos de una determinada sociedad, al Gran Teatro del Liceo hay que atribuirle el privilegio de haberlos estimulado, dirigido y acrisolado.

Harian falta muchas páginas para apuntar los mínimos datos de la historia liceística, por otra parte muy bien estudiada en múltiples ensayos, prácticamente exhaustivos. Tan sólo olvidándonos a la proyección específicamente musical que ha ejercido el primer teatro barcelonés a lo largo de un siglo y cuarto, nos obligaría a seguir el proceso evolutivo del arte lírico desde épocas incluso anteriores a la existencia de la gran sala edificada a expensas del primer «Liceo Filarmónico Barcelonés», de Montesión, y una serie de nuevos accionistas, en el antiguo solar de las Ramblas donde existió la iglesia de los Trinitarios Descalzos.

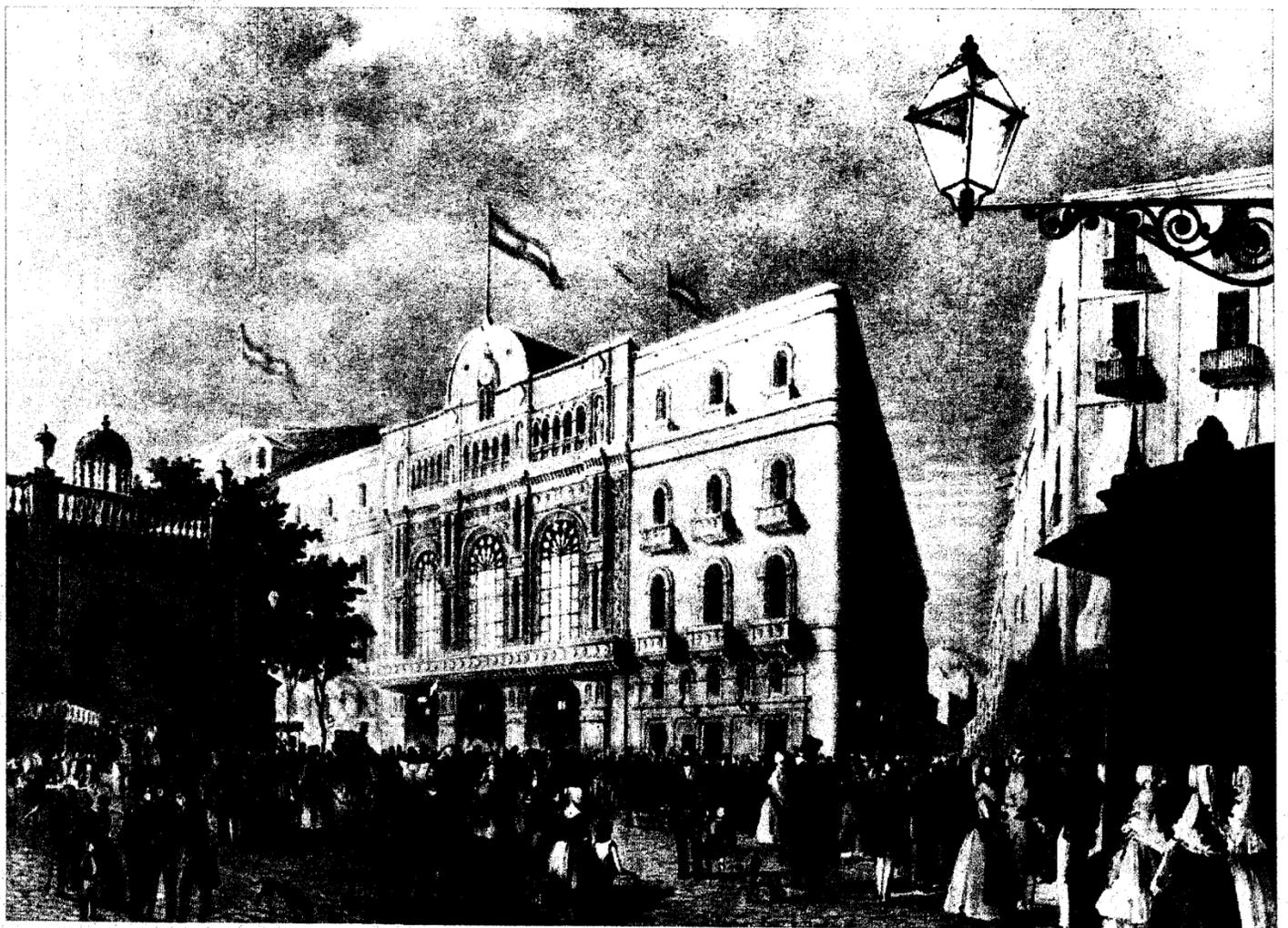
El 4 de abril de 1848, el Teatro del Liceo fue inaugurado, adelantándose así en dos años al Teatro Real de Madrid, con un espectáculo heterogéneo; con «Don Fernando de Antequera», un drama en verso de Ventura de la Vega, «La Rondón», una pieza coreográfica del maestro Camprubi, junto con «El Regio Himen», una cantata en verso italiano con música de Mariano Obispo. Pocos días después la ópera hizo su aparición en los carteles con «Ana Bolena», de Donizetti, estableciéndose una fuerte competencia con el vecino Teatro Principal y originándose los célebres bandos de «dicéistas» y «corzados» que originaron combates de luchas callejeras. Algo, pero, contribuyó a delimitar las esferas de competencia de los dos teatros: en febrero de 1849, se dictó en Madrid un decreto estableciendo los teatros en que en lo sucesivo habrían de reservarse a la declamación y los destinados a la ópera. En virtud de esta disposición legal, las autoridades gubernamentales de Barcelona declararon que el Liceo sería un teatro específicamente lírico, destinándose el Principal a Teatro de Declamación, aunque autorizándole a representar circunstancialmente piezas líricas.

LA PRIMERA ETAPA, ITALIANISTA HASTA EL CULTO A WAGNER

La etapa inicial del Liceo, hasta el año del memorable incendio, fue caracterizada en el aspecto lírico (puesto que en su escenario se representaron los más diversos espectáculos de comedia, drama y coreografía) por el auge italianista polarizado principalmente hacia Donizetti —que fue el autor ídolo de aquellos años— y por los primeros éxitos mayoritarios de Verdi. El repertorio liceístico se nutría también de la zarzuela, con especiales triunfos para Barbieri, y de algunas comedias o dramas de autores locales que se limitaban a mimetizar el estilo italiano sin ninguna clase de disimulos.

A partir de la catástrofe de 1861, el Liceo cobró nuevos impulsos. Al auge de la ópera italiana se añadió el del repertorio francés presidido por el estreno de «El Profeta» y «La Africana», de Meyerbeer —que dio lugar al nacimiento del «meyerberismo» entre los aficionados— y por las más conspicuas óperas de Gounod, Thomas, Halevy, Auber, etcétera.

Luego de este período que podríamos llamar sionista, y al llegar a la restauración borbónica tras un período de agitaciones de las que forzadamente el Liceo debía resentirse, nuestro primer teatro entró en lo que sería una de sus etapas más gloriosas y que se prolongaría hasta final de siglo. Fue la de los grandes estrenos de aquellas óperas que aún se representan no como testimonio de un pasado histórico olvidado, sino por su vigencia en el panorama operístico de hoy. En el último cuarto de la pasada centuria apareció por primera vez en los carteles liceísticos «Aida», de Verdi, y «Mefistófele», de Boito. Fueron los años triunfales de Gayarre y de la generalización de la curiosidad por las óperas nuevas. Fuera del Liceo, en el Teatro



El Teatro del Liceo en la época de su inauguración según un conocido grabado romántico de Parcerisa

Lírico se estrenaba «Carmen», de Bizet, y en el Teatro Principal asomaba por primera vez Wagner, a través de «Lohengrin». En 1868, «El buque fantasma» era representado en el Liceo.

Llegado el año de la Exposición Universal —1889— empezaron a afirmarse los valores nacionales con una cierta independencia de la servitud italiana. El tenor Francisco Viñas hizo su debut con «Lohengrin», mientras Gayarre llegaba a la cumbre de su fama con sus interpretaciones de «La Africana».

En años sucesivos y hasta final de siglo las representaciones solemnes y las esperadas con máxima expectación se sucedieron periódicamente, dejando una estela de éxitos, de acogidos indiferentes y también de más o menos fallidos fracasos. La historia del Liceo desde la Exposición de 1888 hasta fin de siglo y desde aquellas fechas hasta 1914, el año de la primera guerra mundial, podría hacerse basando en una cita cronológica de los títulos de algunas óperas escenificadas por primera vez en el Teatro: «Los amantes de Teruel», y «Garín», de Breton; «Otello», de Verdi; «Caballería Rusticana», de Mascagni; «Henry Clifford» y «Pepita Giménez», de Albéniz; «Manón», de Puccini; «Falstaff», de Verdi; «Sansón y Dalila», de Saint-Saens; «La Bohème», de Puccini (con la que obtuvo un éxito clamoroso que le compensó del fracaso con que había sido acogida «Manón»), y muchas más.

En el traspaso de siglo la penetración wagneriana alcanzó una importancia que no tardaría a configurar la vida del Liceo durante muchos años. En 1899 se dio por primera vez «La Walkiria», y pocos meses después, «Tristán e Isolda». En 1901 fue fundada la «Asocia-

ció Wagneriana», que tanto debía influir en la orientación de la vida musical barcelonesa y al fomento del culto a Wagner en el Liceo que se acentuó con la sucesiva puesta en escena de la tetralogía entera y demás dramas líricos, y que culminó con la solemnísimas representación de «Parsifal», celebrada a partir del momento en que terminaba la prohibición de que el poema fuera dado fuera de Bayreuth. El primer acto de «Parsifal» empezó en el Liceo a las 10.25 horas de la noche del 31 de diciembre de 1913 y la función terminó a las cinco de la madrugada del 1 de enero de 1914. Francisco Viñas encarnó el personaje protagonista de esta memorable función.

EL NUEVO SIGLO HASTA LA GUERRA ESPAÑOLA

En la primera década del nuevo siglo, el Liceo se abrió a la nueva música representada por Richard Strauss, que fue discutido y admirado en los conciertos de cuaremas que empezaron a constituir una tradición. Después de 1914 y hasta la guerra española de 1936 las actividades del Liceo se mantuvieron al margen de cualquier contingencia y el teatro pudo ofrecer un raro ejemplo de continuidad, vitalidad y eclecticismo en la selección de sus programas.

En plena convulsión bélica europea y habiendo quedado España al margen, algunos famosos artistas extranjeros pudieron llegar hasta nuestro primer escenario. Se estrenó entonces «La fanciulla del West», de Puccini, y era admirado por primera vez «Boris Godunov», de

Mussorgsky. El Liceo admitió «Marina», de Arrieta, y apoyaba el debut de Hipólito Lásara. En 1917 debutaban los «Ballets Russes», de Serge Diaghilev, con Nijinsky y otras primerísimas figuras que produjeron una enorme sensación. La compañía rusa emigrada volvió en temporadas sucesivas, cada vez más mermaidas sus filas de bailarines excepcionales, pero manteniendo íntegra la belleza plástica y la renovación artística de sus espectáculos. Los Ballets Russes hicieron polarizar la atención hacia la música eslava en general y en el transcurso de poco tiempo todas las mejores óperas del repertorio ruso pasaron al repertorio liceístico. Desde el «Zar Saltan» a «La ciudad invisible de Kitej», todo lo mejor del teatro de Rimsky Korsakov fue dado a conocer, junto con el de Borodin, Tchaikovsky y Mussorgsky, y también el de los compositores checos con «La novia vendida», de Smetana, y «Rusalka», de Dvorak. Chaliapin, como protagonista de «Boris», fue acogido triunfalmente. Stravinsky, como compositor y director de orquesta, aplaudido y mucho más admirado que discutido.

La ópera española no fue marginada y se dieron a nuestros compositores y en especial a los catalanes, la oportunidad de darse a conocer. Aparte de algunos que hicieron una aparición fugaz en los carteles, se impusieron Jaime Pahissa, con «La morisca»; «Marianela» y «La Princesa Marguerida», de Enrique Morera y Juan Manén. Constituyeron asimismo novedades «El retablo de Maese Pedro», que se dio en un festival sinfónico dedicado a Falla; «La Vida Breve», del mismo autor; «La Llama», de Usandizaga, y «Amaya», de Guridi.

LA ÚLTIMA ETAPA HASTA LA ACTUAL ACTIVIDAD ARTÍSTICA

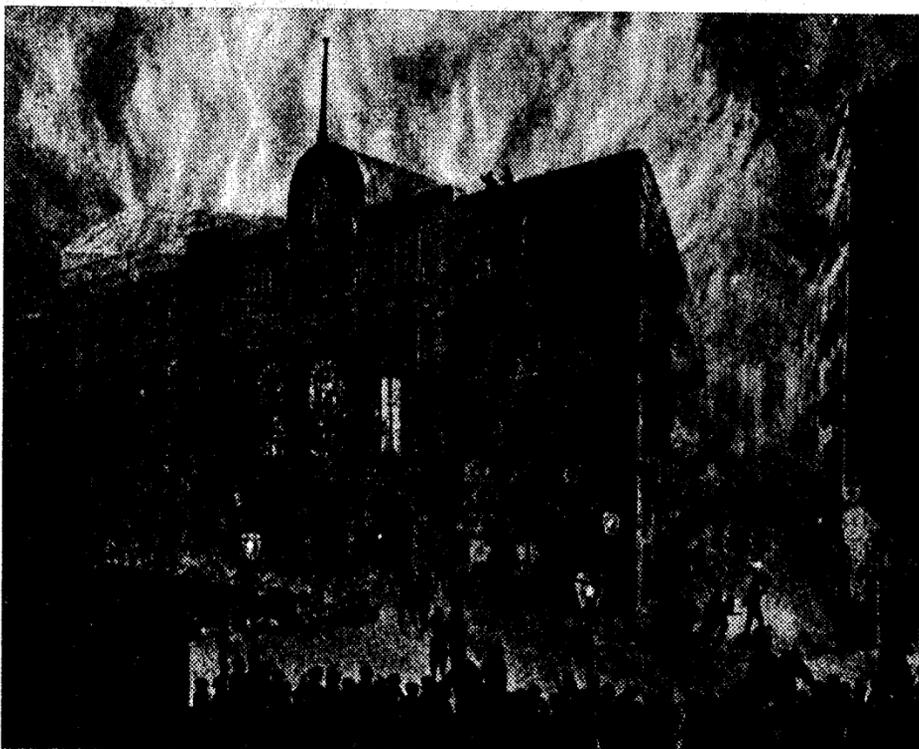
Después de la guerra civil y tras los años difíciles de la nueva gran guerra de la que España pudo permanecer apartada, el Liceo renació a un nuevo período de brillante actividad que justifica un comentario más extenso del que ahora forzosamente debemos reducir a esquema, dejando para otra ocasión referirnos con más detalle a esta última etapa, a estos pasados veinticinco años durante los cuales ha regido los destinos del Teatro la empresa que en la actualidad preside don Juan Antonio Pamias.

Un cuarto de siglo es un dilatado espacio de tiempo incluso para la historia de un teatro más que centenario. En el transcurso de estos años, el Liceo ha mantenido su rango de gran teatro lírico internacional.

Fue este Liceo el que celebró, por única vez en la historia, los Festivales Wagner de Bayreuth fuera de Alemania; el escenario predilecto de las mejores compañías de ballet europeo y americano; el del estreno mundial de «Atlántida», de Manuel de Falla; el de las compañías de ópera extranjeras —de los teatros de la Europa occidental o del Este— que últimamente han presentado sus espectáculos con sus propias escenografías; el que ha servido de marco para la manifestación de los más ilustres cantantes de cada momento.

Para hablar de lo que más ha caracterizado la vida del Liceo en los pasados veinticinco años sin incurrir en múltiples injustas omisiones, haría falta alargar extraordinariamente este comentario. El Gran Teatro del Liceo inicia mañana una nueva etapa en el transcurso de la cual celebrará la doble conmemoración de su 125 aniversario y de los 25 años de la empresa actual. Ambas efemérides justifican que el pasado lejano e inmediato de nuestro primer Teatro sea evocado repetidamente.

X. MONTSALVATGE



Exterior del teatro durante el incendio que en 1861 lo destruyó casi por completo. Grabado aparecido en una publicación de la época